

EL MIEDO EN LA OBRA DE MAUPASSANT

Por el Dr Lucien Lagriffe- Extraído de *Archives d'Anthropologie criminelle, de Médecine légale et de Psychologie normale et pathologique*, t. XXVIII, Éd. Masson et Cie, Paris, 1913, pp. 188-199.

La tesis que el Dr. Robert Hollier, alumno de la Escuela del Servicio de salud militar, acaba de dedicar al *Miedo y los Estados que se vinculan a la obra de Maupassant*, no es más que uno de los eslabones de la obra que se produce pacientemente en el laboratorio de ese sembrador de ideas y maestro que es el profesor Lacassagne y que constituye en Francia la única contribución especializada al estudio de las condiciones y los orígenes de las aptitudes literarias. Descartamos adrede la palabra genio, una de las grandilocuentes palabras de la lengua francesa, que no corresponde a nada preciso y cuya aplicación siempre es discutible.

De esta obra, el eslabón presente es uno de los menos despreciables: en primer lugar porque constituye una interesante aplicación de psicología y de psicología patológica; luego, porque se aplica a Maupassant y porque Maupassant es una de las figuras más inquietantes y más atrayentes de nuestra literatura del siglo pasado.

Maupassant es, en efecto, una mina inagotable donde todo el mundo encuentra material; pero si los críticos y los literatos tienen preferencia por esas páginas de un realismo poderoso que, desde los primeros instantes, han asegurado el éxito y la popularidad a nuestro gran narrador, los médicos y psicólogos, por el contrario, fijan con más interés su atención en un número bastante considerable de extraños fragmentos que jalonan su obra, y que son como una especie de aparición momentánea, surgida de la consciencia puramente literaria, del fondo íntimo del escritor emergiendo a través de lagunas fugitivas del proceso.

Imponiéndose de repente en el mundo literario mediante esa joya de observación y de estilo narrativo que es *Bola de Sebo*, eclipsando hasta tal punto a todas las demás que hoy no hay más que una *Velada de Médan*, maravillosamente armada para la victoria por ese maestro incomparable que fue Flaubert, cuando desde ese mismo instante aparece como el único heredero de las inquietudes y del método del solitario de Croisset, Maupassant abandonaba pronto a su maestro. Una facilidad que este último no poseía para la forma concisa e impecable, ya le permitía desvivirse con una rapidez a la cual la riqueza del folclore normando no era ajena. Y, por añadidura, si no tenía nada de la sobriedad de Flaubert, tan duro consigo mismo que ninguna de sus producciones nunca le parecía perfecta, tampoco tuvo esa impasibilidad que solo las indiscreciones de la correspondencia hacen flaquear en las obras completas y que nos muestran en Flaubert un ser sensible y bondadoso, con una alma de una rudeza exquisita que hoy hace de él el gran gentil hombre por excelencia.

Sin embargo no es por su correspondencia como sabemos que Maupassant no fue impasible, pues esta correspondencia no existe; nosotros no conocemos de él más que muy raras cartas donde se observa ya la decadencia de ese pobre derrotado por la vida. Pero tenemos de Maupassant eso que Flaubert nunca nos dio, incorporadas a su obra, anotaciones introspectivas que constituyen unos emocionantes documentos. Sin embargo, más aún que Flaubert, cuyo aislamiento era menos una actitud que una costumbre para trabajar, Maupassant pretendió protegerse con celo y sistemáticamente de toda indiscreción, en perjuicio de aquellos a los que intriga la vida privada de las literatos solteros de éxito. Solamente, por haberlo dicho demasiado alto, acreditó la idea

de que tenía algo que ocultar, triste revancha del destino. Enseguida se reconoció todo aquello que en realidad había de personal en su obra. El Sr. Lumbroso pudo escribir un grueso volumen con lo que cada uno sabía del hombre privado; y cuando en 1911 aparecieron los *Recuerdos* de Tassart, sirviente personal de un gran hombre, pudimos darnos cuenta de que después de todo no había nada nuevo excepto lo que todo el mundo ya sabía, no había más que un nuevo libro.

En resumen, tras el estudio que en 1908-1909 dediqué a Maupassant, y en el que condensé, desde el punto de vista médico, todo lo que de él se sabía, ninguna revelación nueva ha sido aportada, y únicamente ha podido cambiar en algunos detalles la interpretación de hechos ya conocidos anteriormente. Es de este modo, como en su excelente tesis de doctorado, otro alumno de la Facultad de Medicina de Lyon, el Dr. Pillet, ha dado al factor migraña una importancia que no constaba en el estudio general que yo había elaborado anteriormente, y esta tesis arroja una nueva luz sobre algunas particularidades evolutivas de la enfermedad.

Son estas particularidades las que resultan interesantes de estudiar hoy en día; ellas nos muestran cuanta razón tenía yo al decir que la parálisis general de nuestro gran narrador es toda sutileza. El trabajo de Hollier es un serio aporte a estos estudios particulares; él deberá ser consultado no solamente por los que se interesen en Maupassant literato o enfermo, sino también por aquellos que estudien el miedo y las fobias.

Esta última cuestión, en efecto, que parecería, según el enunciado del título, ser secundaria, constituye en la tesis de Hollier una parte extremadamente importante de la que el caso Maupassant es la ilustración; y esto, lejos de ser un crítica, es el más bello elogio que se puede hacer de este trabajo inaugural; eso marca el carácter esencialmente médico y científico en el mejor sentido de la tradición francesa: la observación, en efecto, no constituye toda la tesis; está allí únicamente para servir de demostración a una proposición y apoya sólidamente, bajo forma deductiva, las inducciones y los datos del problema.

*

El miedo es una manifestación del instinto de conservación que se manifiesta en todos los niveles de la escala animal; permite a los individuos asegurar la defensa de su existencia amenazada. Por consiguiente, todas las veces que hay miedo sin puesta en escena de reacciones que deben normalmente concurrir en la conservación del individuo, o sin que la existencia esté amenazada, hay miedo patológico.

El miedo es un fenómeno esencialmente psíquico, cuya complejidad ha sido intentada analizar de un modo ingenioso por el profesor Grasset. El profesor Grasset descompone el miedo en tres elementos: una impresión centrípeta determinada por el objeto peligroso; un acto psíquico central de transformación de la impresión en expresión, una especie de control, de aprehensión, y finalmente una expresión centrífuga, que no es más que la puesta en acción de las decisiones centrales.

El miedo no está necesariamente condicionado por esos tres elementos; el primero puede estar ausente y ser el miedo entonces puramente cortical; pero de todos modos, y siguiendo el conocido esquema del Dr. Grasset, puede haber dos tipos de miedo: un miedo del centro O y un miedo poligonal. Esta distinción, cuando menos ingeniosa, permite dar una explicación satisfactoria a los fenómenos que rodean el miedo. Los fenómenos que el miedo provoca son muy numerosos: son reacciones que se trasladan en primer lugar a los músculos involuntarios, luego a los músculos semi-voluntarios y por último a los músculos sumisos a la acción de la voluntad.

La cuestión de las relaciones recíprocas de estas reacciones y del sentimiento del miedo es una cuestión de orden general que desde hace mucho tiempo ha desafiado a la

sagacidad de los investigadores. La doctrina más generalmente admitida a este respecto, entrevista por Cl. Bernard, ha sido precisada por W. James y por Lange. Esta teoría es hoy conocida por todo el mundo; en ella se pretende que las modificaciones corporales sean anteriores a la emoción. En consecuencia, las reacciones fisiológicas del miedo son la causa generadora del sentimiento de miedo.

El más patológico de los miedos, si se puede expresar de este modo, es la fobia o miedo mórbido. La fobia no debe estar desligada del miedo: el miedo, incluso exagerado, es siempre fisiológico y no constituye más que un estado temperamental en tanto que, a cualquier intensidad, se mantiene lógico, paralelo y proporcional a las impresiones que lo causan y no entraña reacciones anormales auténticamente mórbidas. Ahora bien, en la descomposición que hemos visto del mecanismo del miedo, el último elemento no tiene ningún valor absoluto, puesto que se encuentra bajo la dependencia del juicio, en consecuencia es solamente un trastorno de los dos primeros elementos lo que puede dar al miedo sus aspectos mórbidos.

La emotividad, con todos sus factores personales, puede dar a la impresión centrípeta un valor exagerado y de tal modo que ésta sea susceptible de crearla a piezas (alucinación). Hay entonces miedo sin motivos válidos o miedo sin objeto, es decir fobia.

Por otra parte, cuando el segundo elemento debe entrar en juego, la facultad de control puede quedar disminuida o incluso abolida, en esas condiciones, la sensación no será apreciada en su más justo valor y podrá haber allí hipofobia, hiperfobia, a la que podríamos añadir para fobia; ahora bien, es eso sobre todo lo que crea la fobia, a saber la imposibilidad de controlar y la necesidad de rectificar las informaciones proporcionadas por los sentidos.

Cuando ese poder de control está alterado de ese modo, las reacciones que siguen presentan evidentemente un carácter de inadaptación que traduce exactamente la naturaleza patológica del miedo: entre estas reacciones hay dos que tienen una importancia particular: el temblor y el estupor.

En la génesis de los miedos patológicos no nos sorprende atribuir una importancia particular al factor predisposición: factores hereditarios, nivel intelectual en el sentido de la educación, intoxicaciones. Pero la importancia de estas causas predisponentes no debe hacer perdernos de vista las de las causas eficientes que se resumen en el trastorno intelectual. Este trastorno intelectual está representado bien por un estado ansioso, bien por toda la serie de formas nosológicas que constituyen la locura propiamente dicha.

Pero los estados de ansiedad tienen una importancia predominante y dominan la escena; la espera ansiosa, donde la emotividad es llevada al máximo, predispone a las fobias y, por añadidura, está en la base de un trastorno psíquico elemental en estrecha relación con el miedo patológico, la obsesión. La obsesión es una idea consciente, involuntaria, parásita, automática, discordante, irresistible; está bajo la dependencia de la emotividad; reconoce las mismas causas predisponentes que la fobia e incluso se le ha invocado a su respecto la misma teoría patogénica. Eso explica porque se considera que no existen, por así decirlo, fobias sin obsesiones previas y que la obsesión sucede a menudo a la fobia o alterna con ella. Finalmente las obsesiones están a menudo en el origen de las alucinaciones, por exteriorización del proceso ideo-obsesivo; y estas alucinaciones son con frecuencia de esta especie particular denominada autoscópica. Las fobias están pues estrechamente relacionadas con los diversos estados mentales que señalan un trastorno en el dominio de la emotividad.

Basta recorrer la obra de Maupassant para encontrar allí, maravillosamente descritas, las diversas modalidades del miedo, pero solo del miedo mórbido, pues, para Maupassant, el miedo fisiológico no existe; el miedo no existe, según él, más que en

unas circunstancias anormales y bajo ciertas influencias misteriosas; para que pueda desarrollarse se necesita un estremecimiento de misterio, una sensación de espanto contra natura. Eso no es lo sobrenatural, es el inexplicable miedo de la noche, del silencio, de las bruscas desgracias. El miedo, para Maupassant, es pues automático, instintivo, es básicamente el miedo poligonal de Grasset. Esto es tan cierto que si Maupassant ha podido encontrar los términos adecuados para dar a sus lectores la sensación de miedo, no ha podido dar ninguna explicación de su mecanismo, aun cuando es cierto que los miedos poligonales no se razonan. Pero Maupassant ha tenido – puede decirse, pues no había con seguridad leído a Cl. Bernard – la intuición de la teoría de W. James y ha hecho preceder al sentimiento del miedo unos fenómenos de orden físico. Y Maupassant es un observador tan minucioso que no habiendo sentido más que miedos poligonales, no describe más que éstos también, insiste preferentemente sobre las reacciones de los músculos involuntarios, los músculos de la vida de relación no estando más que excepcionalmente en juego en el miedo poligonal: detención de las secreciones, bradicardia, taquicardia, midriasis, angustia laringea, horripilación, sudoración, trastornos vásculo-motrices, etc.

Naturalmente las fobias tienen un lugar muy destacado en la obra de Maupassant: la importancia de la emoción y del trastorno intelectual no se le escapa; advierte incluso casos de lucha y de corrección del miedo mediante el razonamiento y la llamada al elemento intelectual. En fin, del mismo modo que ha visto y comprendido como nacen y se pueden combatir las fobias, ha descrito exactamente las reacciones a las cuales dan origen.

Puede decirse que la contribución científica de Maupassant al estudio de las fobias se detiene ahí. Protagonista de los relatos donde se describe el miedo, no podía, sin traicionarse y sin poner al desnudo ese corazón que celosamente quería proteger, desvelar sus taras personales y hereditarias. Sin embargo no silenció la influencia de las intoxicaciones o al menos, sin que pueda decirse que hubiese comprendido esta influencia, y es lo que yo creo, no ha ocultado los excesos que preceden a menudo a la entrada en escena de las crisis obsesivas. La misma observación puede ser hecha en relación a los estados ansiosos que él ha visto y que ha descrito con una escrupulosa exactitud, advirtiendo en un orden perfecto la sucesión de la ansiedad, alucinaciones, obsesión fóbica, y la posibilidad de la alternancia de las obsesiones y las fobias.

Estas observaciones tienen un doble interés cuando se sabe que no solamente Maupassant las hacía sobre sí mismo, sino que aún se encontraba afectado de un trastorno orgánico de evolución regular, la parálisis general. Incluso antes de ser un paralítico general, era un afectivo, un sensible, un emotivo, y, debemos añadir, un hipocondríaco; era, por añadidura, un hereditario y un neuro-artrítico. Reunía pues las mejores condiciones para ver eclosionar en él todo o parte de las manifestaciones que se observan en los predispuestos.

Ahora bien, si se considera el orden cronológico de sus relatos, tarea facilitada hoy por la admirable edición Conard, puede verse que existe una correspondencia notable entre la vida patológica del escritor y el carácter mórbido cada vez más acentuado de los miedos que describe. Y esos miedos comienzan muy pronto, aun no teniendo en cuenta *La Mano disecada* (1875), no se puede ignorar *Terror* que tal vez es anterior a 1879, miedo determinado por una lectura nocturna; luego *Sobre el agua* (1881), miedo con un motivo derivado del alcoholismo; *¿Loco?* (1882), esbozo de obsesión fóbica; *El Huérfano* (1883), primeros síntomas de ansiedad, y al mismo tiempo *Lo Horrible*, con los miedos misteriosos; pronto, en 1884, los estados ansiosos abundan en *La Noche*, *Un cobarde*, *La Confesión*, *¿Él?* donde se encuentra una alucinación autoscópica. Vienen a continuación las alucinaciones terroríficas, el miedo por todo, las obsesiones: *La*

Confesión (1884); *El Miedo* (1886), *Amor* (1887) y sobre todo el magnífico grito desgarrador del *Horla* (1887); por último ¿hay necesidad de recordar que la obra de Maupassant antes de morir se cierra sobre *¿Quién sabe?* en 1890?. En suma, la evolución del miedo en Maupassant es un fenómeno todavía mal conocido y cuyo estudio como el de Hollier no pueden más que hacer aumentar nuestro interés. La fisiología y la psicología han sido estudiadas en ella con anterioridad por el profesor Mosso que nos ha dado la mejor monografía que poseemos sobre el tema; pero aún está lejos de haber agotado el interés y los estudios que ulteriormente han sido hechos de los grandes pánicos nos han podido mostrar toda la extensión del problema.

Las dificultades que se experimentan al definir el miedo constituyen una primera prueba y uno puede preguntarse si esas dificultades no derivan del hecho de que el miedo no es un fenómeno normal. El único criterio del que disponemos actualmente para apreciar el valor biológico de las diversas reacciones psico-orgánicas es de naturaleza ontogénica. Es esto precisamente lo que ha permitido mirar el miedo como una de las modalidades normales del instinto de conservación y, en consecuencia, de perseguir en ello los orígenes hasta los bajos fondos del mundo organizado. Se ha creído poder encontrar el esbozo de ello en ciertas manifestaciones de la memoria orgánica y considerarlo como la primera expresión del recuerdo de las experiencias dolorosas del pasado. ¿Pero se puede realmente considerar los movimientos giratorios y la quimiotaxia como una de las primeras manifestaciones del miedo? Debe convenirse que los fenómenos de tropismo son privativos de este elemento intelectual y de este elemento emotivo al que no se puede negar formar parte esencial del miedo. Hay en el miedo una parte más o menos importante de razonamiento que no se le podría aplicar a los infusorios y con mayor razón a los seres monocelulares. Los fenómenos de tropismo, en efecto, traducen simplemente una no-conveniencia y hay, entre el miedo propiamente dicho y los esfuerzos que hace el heliotropo para orientarse hacia la parte más luminosa del horizonte, toda la diferencia que separa este miedo de las tinieblas como se observa en algunos niños y en los adultos poseídos por ese sentimiento que en invierno nos lleva a buscar los rayos solares y en verano a refugiarnos en los lugares frescos. Esta comparación parecería demostrar que entre el tropismo y el miedo hay un margen bastante amplio y parecido a aquel que separa los fenómenos normales de los fenómenos patológicos. El ser inferior huye de las condiciones del miedo que le son desfavorables, sin que esta huida, o más bien esta repulsión, se vea acompañada de fenómenos que no sean fenómenos físicos o químicos producidos por el miedo como una experiencia de algunos instantes que le parece ser *indeseable*.

No hay ahí mas miedo como no hay miedo en el hecho de alejarse de un peligro evidente e inútil y no parece lógico poner en el haber del miedo reacciones normales y mesuradas de defensa que no son más que la expresión de temores muy legítimos. Lo que parece normal es menos el miedo que el temor, y es por un abuso del lenguaje que se confunde a menudo el uno con el otro. Se dice, por ejemplo: «Tengo miedo del fuego» cuando quiere expresarse el temor que se tiene al ver el fuego prender, y eso es tan cierto que la mayoría de las personas que pretenden tener miedo de ese modo al fuego no tienen miedo más que de sus consecuencias, mostrándose muy valientes en presencia de los incendios y no huyen. En un orden de ideas más corriente y en el cual un elemento patológico se desliza más frecuentemente, sabemos que todas las personas sensitivas tienen un temor muy legítimo por las enfermedades infecciosas; que inútilmente no se expondrían, sin provecho material o moral, para ellas mismas o para los demás, al contagio de un foco, lo contrario sería anormal; pero sin embargo no es normal, y eso es verdaderamente el miedo, que este temor alcance un grado tal que nos lleve a huir de nuestro deber, a rodearnos de precauciones más peligrosas o más

molestas que la propia enfermedad, hasta el punto de la falta del discernimiento más elemental, de dar mal ejemplo y de no comprender que el endurecimiento y la firmeza moral son los elementos más importantes de una sana profilaxis.

Parece que el temor, que es claramente una manifestación del instinto de conservación, toma, desde el momento que se convierte en miedo, un carácter patológico porque, en ese momento y porque ya es miedo, va de un modo mediato o inmediato al encuentro del objetivo perseguido: la conservación del individuo o de la especie.

El estudio fisiológico de las reacciones no va al encuentro de este punto de vista. Las excitaciones imprevistas y fuertes determinan una ralentización de los fenómenos orgánicos inversamente proporcional al nivel del umbral de la emotividad que puede, cuando la emotividad es muy fuerte, llegar hasta la inhibición. En los sujetos normales, la ralentización apenas es sensible, incluso puede llegar a ser nulo. Esta ralentización se advierte por un descenso de la tensión arterial, por una disminución de amplitud de los movimientos respiratorios, por un aumento de la duración de los tiempos de reacción. Por otra parte, esta ralentización tiene una duración que es proporcional al grado de la tara emotiva. La naturaleza de esta progresión parece indicar que el miedo no comienza más que en el momento en el que el sentimiento de temor se acompaña de modificaciones funcionales que el simple temor no conlleva.

No es este el lugar para entrar en detalle en las modalidades de reacciones del miedo. A lo sumo podemos indicar que esas reacciones no son inmediatamente perceptibles; si, en los individuos normales, es difícil de decidir si el retraso observado no está en relación con la rapidez de propagación de las impresiones en el medio exterior y en las vías de conducción, en los demás, por el contrario, no lo es, pues unas veces es apenas perceptible, como en otras no aparece más que después de un espacio de tiempo muy prolongado; esto es sobre todo destacable en los sujetos que presentan trastornos de la atención, en ciertos débiles y sobre todo en la demencia precoz en forma catatónica, donde incluso puede no observarse ninguna reacción. Esta última observación estaba prevista en una enfermedad en la que la decadencia afectiva es el síntoma psíquico capital.

Hay pues, al principio del miedo, una inhibición cuya duración es variable siguiendo una ecuación personal cuyos factores están constituidos bien por simples tenencia, bien por realidades patológicas sobre las que no hay lugar de extenderse más ampliamente. Esta inhibición está seguida de reacciones cuyo origen parece haber sido particularmente percibido por Wright. Wright piensa en efecto que el miedo determina una tensión extrema en los centros nerviosos y consecutivamente un desbordamiento de influjo en los músculos involuntarios, luego semi-voluntarios y finalmente en los voluntarios; la tensión extrema primitiva podría perfectamente explicar esta inhibición de la que hablábamos anteriormente; en cuanto al desbordamiento del influjo, se hace siguiendo una progresión desde hace tiempo conocida en fisiología y codificada bajo el nombre de leyes de Pflüger o de propagación de los reflejos. Es en la facultad de control como debemos poder detener esta propagación a un estado más o menos próximo al principio de la reacción.

Hollier, situándose en una perspectiva puramente práctica, no se ha preocupado de estas diversas modalidades, y es con justa razón que ha considerado suficiente servirse como guía del esquema del profesor Grasset, del que se conoce su buena fortuna. Pero no hay que olvidar que el esquema de Grasset no es más que un... esquema; que ese esquema tiende, particularmente en el miedo poligonal, a hacer olvidar demasiado al elemento intelectual y a dar a este miedo un carácter de automatismo que no REVET, y que todavía no está de un modo absoluto, más que en su expresión centrífuga. La

dificultad que se experimenta definiendo el elemento psíquico del miedo no permite sin embargo olvidar este elemento, sobre todo en razón del papel enorme que desempeña en las fobias.

En definitiva, creo pues que, cuando él dice que el miedo fisiológico no existe, Maupassant tiene razón. Pero esta opinión de Maupassant no la considero más que como una prueba apoyando lo que yo decía anteriormente. Por si misma no es perentoria, porque se puede ignorar a Maupassant como psicólogo: nunca lo fue; pero si no fue psicólogo tuvo un innato sentido de la descripción, de la traducción de imágenes, y cuando describe algo, puede creerse en ello.

La evolución del miedo en la obra de Maupassant debe pues ser considerada como la expresión de la realidad, y todos aquellos cuya constitución no puso al abrigo del estremecimiento, no lo contradecirán. Por « haberse rascado el corazón con mucho sufrimiento», como decía Flaubert, él ha sido el gladiador-artista del que hablaba su maestro que «divierte al público con sus agonías». ¿Cuál era entonces este sufrimiento? ¿de qué estaba hecha esta agonía? « El más feliz de nosotros llora, en el fondo de su alma, no sé que cosa perdida que nunca ha conocido »; ¿pero Maupassant no creía en lo sobrenatural, no tenía miedo a los muertos, creía en la nada definitiva de cada ser que desaparecía? ¿Entonces qué? ¿Sobre que espantosas reminiscencias se apoyaba el escepticismo desengañado del pobre gran Maupassant, y qué podía y qué creía percibir detrás de « la noche vacía, la noche cerrada » de *La Pequeña Roque* ?

Traducción de José M. Ramos para <http://www.iesxunqueira1.com/maupassant>